

Colón, del enérgico Hernán-Cortés, del fiero Pizarro, del infeliz Almagro, del aventurero Alvarado, del generoso y compasivo Bartolomé de las Casas, y será preciso que produzca la regenerada España un nuevo Solís y un nuevo Ercilla para que salgan á luz los escondidos tesoros de esa rica mina de actos maravillosos, de épicos esfuerzos, de delirios y goces sublimes, de inauditos dolores!

Una de las más hermosas vistas de Sevilla es la que se goza desde el terrado de la Lonja, entre las regulares hileras de hemisféricas cúpulas con que cubrió Herrera sus salones. Pero también desde este mismo terrado, por encima del manto de esmeralda con que á la otra parte del río viste la primavera el delicioso panorama de las alturas de Gelves y San Juan de Alfarche, descubre la vista los blancos caseríos de Castilleja, pueblo donde en 1544 murió pobre y olvidado el intrépido conquistador de la corona de Motezuma!—La pobre casa que habitó en Castilleja Hernán Cortés fué comprada en 1855 por el Sr. Duque de Montpensier, el cual la restauró para que la última morada del gran conquistador quedase al abrigo de toda ruina. En una sala que lleva el nombre del héroe, se hallan reunidos los recuerdos de sus hazañas: varios retratos suyos, vistas de Méjico, pinturas que perpetúan ciertos episodios de su brillante epopeya, y algunas ramas del famoso árbol *de la triste noche*, conservado aún cerca de Méjico, bajo el cual se cuenta que pasó el grande hombre su noche última al tener que abandonar por la primera vez la capital de su imperio.

CAPÍTULO XXX

Cádiz desde el siglo XIII al XVIII



El recuerdo de los descubrimientos y conquistas llevadas á cabo por los famosos varones cuyos nombres y hechos conserva celoso el *Archivo de Indias*, nos conduce ahora por la majestuosa corriente del Guadalquivir á la costa donde se alza del seno del Atlántico la memorable colonia fenicia; la cual, aunque privada durante la Edad-media de gloriosos timbres por la superioridad de otras ciudades, asiento de prepotentes magnates, renació á vida propia en el siglo XIII, en cuyo punto nos cumple volver á anudar el roto hilo de sus memorias.

Cádiz, que bajo el yugo sarraceno perteneció con Algeciras á la circunscripción de *Filistin* (Asido), dada á los guerreros filisteos cuando los árabes de Siria vinieron á España, llevó en-

tonces el nombre de *Kális*. Como próxima á la costa africana, la facilidad de mandar á ella recursos la aseguraba al dominio del Islam, y hasta que tomaran incremento los nuevos Estados cristianos de la España restaurada, la cruz no había de volver á descollar en ella, ya fuesen los Califas, ya régulos advenedizos, ya almoravides, ya almohades sus regidores. Solo de un formidable enemigo, común á muzlimes y cristianos, podía temer su ruina: de los intrépidos escandinavos, que desde el noveno siglo, periódicamente, de cinco en cinco, ó de siete en siete años, bajaban de los mares del norte á hacer incursiones en las costas de las naciones meridionales (1). Pero en el siglo XII, y después de sometida Toledo á las armas cristianas, ya el mahometismo en la región del Betis y del Guadalete tenía que correr una suerte precaria, aunque el exceso de la confianza proporcionase á los caudillos de las huestes de los Alfonsos algunos descalabros.

Uno de estos, muy sensible, experimentó el hijo de don Ramón de Borgoña y de doña Urraca, don Alonso VII de Castilla, llamado el *Emperador*, en una entrada que hizo en Andalucía por los años 1131. He aquí cómo refiere Sandoval el imprevisto percance. «Nunca tal plaga vieron los de Córdoba y Sevilla sobre sí, ni tal destrucción. De ahí movió el rey con su campo y llegó con él á Xerez, que era una famosa ciudad, y con poca dificultad la entró y saqueó... De ahí llegó á Cádiz donde le sucedió una desgracia por un desmán que, con osadía de tantos buenos sucesos, hicieron unos soldados mozos, hijos de los condes y capitanes que venían en el ejército. Oyendo que en una isleta allí cercana (que debía ser do es Cádiz) se habían recogido muchas gentes con grandes riquezas y ganados, sin orden del rey ni darle parte de su determinación, juntándose

(1) Quedan reseñadas en el capítulo XIX las incursiones que durante los siglos IX y X hicieron estos escandinavos, denominados en las crónicas españolas y árabes *normandos*, *majús* y *almajuses*, en las poblaciones de Andalucía y señaladamente en Cádiz, Asido y Sevilla.

con otros soldados, pasaron allá mal concertados, llevados de la codicia ciegamente; y como los vieron los moros, salieron á ellos y trabaron una sangrienta batalla, donde los cristianos fueron vencidos y muertos, y escaparon muy pocos que volvieron dando cuenta de su perdición y mal suceso. De aquí adelante comenzaron á reportarse los del ejército y guardar los mandamientos del rey, no echando el pié fuera de la tienda sin su orden. Detuviéronse aquí algunos días y dieron la vuelta cargados de ricos despojos y infinidad de cautivos.»

Llega el siglo XIII, que cierra las puertas á las esperanzas musulmanas con la gran derrota de las Navas de Tolosa, y estando el rey don Alonso el Sabio en Sevilla, sabedor de que la villa de Cádiz está mal guardada, ordena á su almirante Pedro Martínez de la Fe, que con don Juan García, rico-hombre, y otros esforzados caballeros y escuderos, salga de Sevilla con la bien prevenida flota que tiene en el Guadalquivir, y á toda vela se ponga sobre la desprevenida villa. Hízolo así el almirante: Cádiz, sin el menor recelo, tenía sus puertas abiertas, y los castellanos entraron por ellas matando á algunos moros, aunque pocos, porque las tropas con el improviso rebato no acertaron á ponerse en defensa. Entró en Cádiz don Juan García, mandó ocupar las fortalezas y guardar las puertas, y permaneció allí con su hueste cuatro días, durante los cuales se apoderaron de muchas mercaderías, oro, plata, y otras cosas de gran valor que llevaron á sus galeras y navíos. Siendo inmenso el poder de la morisma de mar y tierra que sobre ellos venía, tomaron la vuelta de Sevilla.—Era en aquella sazón Cádiz de Jacub Ben Jusuf, rey de Fez y de Marruecos: sentido de la presa que en ella había hecho don Alonso, le envió embajadores para pedirle enmienda y satisfacción de la injuria; mas tuvo que contentarse con corteses disculpas.

No se sabe con fijeza en qué año ganó don Alonso el Sabio á los sarracenos la isla de Cádiz: la tradición constante señala el de 1262, y supone que las huestes de Castilla entraron

en ella el día de setiembre en que la iglesia romana celebra la *Exaltación de la Cruz*.—Desde luego consideró el rey que esta Isla podría serle muy importante para la conquista del África: así su primer cuidado fué reedificarla y repoblarla. Echó mano de familias de las montañas de Laredo, Santander, San Vicente de la Barquera y Castro Urdiales, atraídas con repartimientos y privilegios, y edificóse la nueva población sobre el asiento de la antigua Gades romana, aprovechando el sitio más alto y acomodado para el uso de la bahía, abandonando todos los edificios que habían habitado los infieles.—Era al principio la nueva villa como una ciudadela cuadrada, ceñida de muros por todas partes menos por el mediodía, donde la resguardaba la inexpugnable roca tajada en que se estrella el mar. Fué aumentando la población, y fué dilatándose el caserío; pero la edificación antigua retuvo el nombre de *villa*, aun después de ganar el de *ciudad* la nueva Cádiz cuando vió erigido en catedral su más autorizado templo. El rey Sabio le había adjudicado dilatados terrenos en los términos de Jerez, Rota y San-Lúcar; pero algunas familias poderosas se apoderaron de ellos por compras ó por mercedes, y cabalmente cuando llegaba para Cádiz la hora de su renacimiento como puerto, era cuando su importancia como ciudad tocaba el grado ínfimo de su descenso. Porque cuando la reina doña Juana expedía en 1509 su cédula quitando á Sevilla el monopolio de la contratación de las flotas para las Indias, y mandando que en la ciudad de Cádiz se pudiesen registrar también los navíos que tomasen la derrota ó volviesen de América, ya la perla de aquel semidios líbico ó fenicio que dió nombre al Estrecho, estaba sin concha, ya no poseía Cádiz más que los enjutos arenales de la menor parte de su isla.—Una casa prepotente, la de los Ponces de León, á favor de las turbulencias y revueltas del deplorable reinado de don Enrique IV, se había alzado con el señorío de la ciudad, y habían sido tales después los merecimientos del marqués de Cádiz y conde de Arcos, don Rodrigo Ponce de León, en la guerra de Granada, que ni el decidido empeño de los re-

yes Católicos por reincorporar en su corona aquel estado, fué bastante para lograrlo por completo: por lo cual quedó en la casa de Arcos toda la parte que hoy se llama isla de León, y Cádiz despojada de las concesiones que le otorgó don Alonso X y confirmaron sus sucesores (1).

Pero debió ser grandemente beneficiosa la medida adoptada por la reina doña Juana, porque ya en 1530 era considerable el desarrollo del comercio en este hermoso puerto, y desde entonces siempre fué en aumento su riqueza. Atraído el célebre Barbaroja por la opulencia de sus traficantes, intentó saquearlo en ocasión de hallarse las galeras españolas en Italia en la coronación del invicto Carlos V. Salvó entonces á Cádiz de un completo saqueo la diligencia de Andrea Doria.—En 1553 asoman veintiuna fustas y galeras argelinas, que en alas de la codicia vuelan sobre las aguas del Estrecho, y esta vez, solo el cielo que les manda una deshecha borrasca defiende los tesoros de la ciudad.—En 1574 caen de improviso sobre la Almadraba y caserío de Hércules varias naves de moros, que, recibido aviso oportuno por un renegado, pone en huida con parte del recindario armado el corregidor Pedro de Obregón;—y otra igual tentativa habían hecho en 1540 los turcos para apoderarse de Gibraltar, valerosamente defendido por el marqués de Santa Cruz, don Álvaro de Bazán.—En 1587 entra en la bahía de Cádiz el almirante inglés Drake, á quien la reina Isabel enviaba á España por haber sabido que Felipe II disponía en secreto gente para invadir sus estados: quema algunos navíos, y hácese á la vela costeando la vuelta del Algarbe y Portugal, regresando con su presa á Inglaterra.—En 1596 escalan los muros de Cádiz tropas inglesas al mando del conde de Essex, fuerzan sus puertas, saquean las casas, incendian los templos y pasan á cuchillo muchos de sus pobladores, siendo inútil la resistencia

(1) Los privilegios de Cádiz y sus confirmaciones hechas por don Pedro, don Enrique III, don Juan II, don Enrique IV y los mismos reyes Católicos, pueden verse en la Historia de Agustín de Horozco.

que éstos les oponen auxiliados por los vecinos de las poblaciones inmediatas... (1).

Tenía Cádiz cuando el inglés la saqueó, dice Horozco, que precisamente escribía su historia dos años después de aquel terrible suceso, hasta mil doscientas casas, tan fuertes y tan buenas, que en ningún otro lugar de los de su clase las había mejores; todas de mampostería, con azoteas en vez de tejados, por ser de mejor reparo á los vientos y ofrecer mejor defensa en cualquier peligro. La villa, en un principio reducida á la cerca de la parte alta (2), era ya ciudad populosa, tendida de N-O. á S-E, y dividida en dos partes, una oriental y otra occidental, con una espaciosa plaza en medio, llamada la Corredera. La parte de Oriente, que era la más fortalecida, elevada y sana, tomó de una ermita allí dedicada á Nuestra Señora, el nombre de barrio de Santa María; la de Occidente se llamó arrabal de Santiago, por otra ermita que en él se labró á devoción de este santo. Desde mediados de aquel siglo comenzó el barrio alto á decaer, ganando en importancia el otro, que era arrabal, por ser sitio más espacioso, cómodo y llano, y por hallarse más próximo á los pozos de la Jara y demás, de que toda la ciudad se surtía;

(1) La ciudad de Sevilla levantó gente y la adiestró para enviarla á Cádiz bajo el mando del duque de Medina-Sidonia. Este auxilio fué tardío: el duque entró en la ciudad después de haberla saqueado é incendiado el conde de Essex, que sosegadamente emprendió su vuelta á Inglaterra sin experimentar daño alguno; y sin embargo, los bisonos de Sevilla creyeron sin duda haber triunfado, porque Cervantes, que iba con ellos, escribió á la sazón, en forma de soneto, un verdadero epigrama, en que se burla del capitán Becerra, que había sido el instructor de la gente de Sevilla, de las bravatas de los andaluces, y del mismo duque de Medina-Sidonia que los mandaba. Recordemos sus tercetos:

*Bramó el Becerro, y púsoles en sarta,
tronó la tierra, oscurecióse el cielo
amenazando una total ruina;
Y al cabo en Cádiz con mesura harta,
ido ya el conde sin ningún recelo,
triunfando entró el gran duque de Medina.*

(2) Este es el barrio de calles angostas, oscuras y tortuosas, llamado hoy el Pópulo.

y aunque el barrio de Santa María presumió algún tiempo de más favorecido por trocarse su ermita en iglesia de un *Convento de monjas de Nuestra Señora de la Concepción*, el arrabal de Santiago triunfó en la competencia en cuanto la ermita del santo se transformó, á costa del insigne poeta sevillano don Juan de Arguijo, en templo de una *Casa de Jesuitas*, y á la sombra de ésta se dieron tanto á poblar, que se convirtieron en anchas y limpias calles, bien empedradas y llenas de hermosos edificios, muchas de las que hasta entonces habían sido huertas, viñas y retamales.—Á la casa de la Compañía se habían agregado después otros cuatro templos (1): el de *San Francisco*, el convento de monjas de *Nuestra Señora de la Candelaria*, el de *San Agustín* y el de *San Lorenzo*, y además la ermita de *Nuestra Señora del Rosario*.—Todos los oficios públicos se hallaban establecidos en la plaza de la Corredera.—En la parte de ésta más arrimada á la villa alta y antigua, estaban el *Hospital de la Misericordia*, las *casas del Cabildo*, el almacén que la ciudad tenía para los pertrechos de guerra, la *Alhóndiga*, las *casas de los Corregidores* y la *Cárcel real*. En la parte opuesta había, antes que sobre la bahía se edificase la muralla de la fortificación, un terraplén ó baluarte muy bien artillado, desde el cual se gozaba de todo el puerto *con mucho entretenimiento y desenfado para la gente que de ordinario asistía á la plaza, sirviéndoles de paseo y lonja*. Derribóse aquel terraplén para dar nueva fortificación á la playa.—La catedral, de modesta arquitectura, descollaba sobre las construcciones de la antigua villa de don Alonso X: sobre el arco de la que era en ésta *puerta de mar*, se había construido en 1589 la Real Capilla del Pópulo.

Tal era en ligero bosquejo la fisonomía de Cádiz al correr el año 1598 en que Horozco escribía, y tal aún en 1609 según el plano que existe en el Archivo de Simancas, y que salió á luz

(1) Se equivocó Horozco al decir que fueron tres los templos agregados antes del incendio y saco de Cádiz al de la Compañía de Jesús. Se olvidó del de San Agustín, fundado en 2 de abril de 1593 en la plaza de Candelaria.

algunos años há (1); sin más diferencia que hallarse ya marcadas en este las obras de fortificación con sus baluartes, muelles y puertas, que aquél anunciaba como de próxima construcción. Ardua tarea sería hoy describir la forma arquitectónica de aquellos pocos templos, conventos y edificios públicos: nada apenas retiene Cádiz de su primitiva estructura. Con la bárbara devastación que á hierro y fuego consumaron los ingleses en 1596, cuando don Antonio Osorio, enviado por el duque de Medina-Sidonia, entró en la ciudad al zarpar de la bahía la armada del conde de Essex, halló 290 casas quemadas, y convertidas la Catedral, el Colegio de Jesuitas, el Monasterio de Nuestra Señora de la Concepción, el Hospital de la Misericordia y la Candelaria, en otros tantos cráteres que despedían columnas de humo denso y vertiginoso y llovían sobre el calcinado pavimento en mal apagados carbones la antigua gala de sus retablos y pintadas techumbres. Los codiciosos isleños se habían llevado campanas, rejas, puertas y todos los objetos de metal de que se prometían alguna ganancia.—Este saqueo y ruina de Cádiz obligó á la corona á gastar considerables sumas en su reparo y fortificación para guarecerla de semejantes invasiones, y bien le avino á la ciudad que así se proveyese á su futura defensa, porque en 1625 volvió Inglaterra á intentar otro desembarco bajo el mando de los generales conde de Essex y Enrique Cécil vizconde de Wimbleton, y los resultados de esta expedición fueron para ella funestos, pues perdió lo más florido de su gente de guerra, y su escuadra tuvo que huir de la española en las enrojadas aguas de la bahía. Ya entonces estaba Cádiz fortificada con el castillo de Santa Catalina, erigido en 1598 con ruinas de la ciudad antigua; con el de San Sebastián, levantado en 1613 en la pequeña isla de ese nombre, sobre una ermita del siglo XIV, obra de venecianos; y con otras varias construcciones de defen-

(1) Hizolo don Adolfo de Castro en su *Historia de la ciudad y provincia de Cádiz*, publicada en 1858.

sa que servían al par de faros ó vigías, como la Torre de la Almadraba (hoy Torre-gorda), el castillo de Sancti-Petri, y el de San Lorenzo del Puntal; todas las cuales atalayas, unas tras otras, encendían durante la noche sus fuegos de alquitrán ó de leña seca, y si descubrían enemigos disparaban una pequeña pieza, esparciendo la luz tantas veces cuantos eran los bajeles.

Habiéndose agregado en el siglo XVII á las obras de fortificación y defensa muchas restauraciones y reconstrucciones en los antiguos edificios citados, tarea que los opulentos gaditanos se imponían y realizaban á competencia para dar vado al ardoroso anhelo de hacer de su ciudad una nueva Venecia, digno abrigo á las flotas que de Tierra-Firme y Nueva-España llegaban á ella cargadas de plata, oro, pedrería y otros productos de gran valor, fácilmente se comprende que de las edificaciones de los siglos XVI y anteriores hayan quedado muy pocos vestigios. La mayor prosperidad y crecimiento de Cádiz fué cabalmente en una época de decadencia para las artes, á saber, cuando más menudearon aquellas flotas y cuando se trasladaron á este puerto el comercio de Sevilla, su Consulado y el Tribunal de la Contratación (1720). No podía menos de ser fatal á sus antiguos y más respetables monumentos la riqueza de los nuevos Balbos. Esto hace que la Cádiz de las antiguas bellezas artísticas ofrezca escasísima tarea á nuestra pluma, y que tengamos que ser sobrios de descripciones al tratar de una capital que, por su importancia marítima hasta la emancipación de las Américas, ocuparía una gran parte de nuestras páginas si fuera nuestro objeto legar á la posteridad recuerdos y glorias de la España moderna.

Debemos no obstante consagrar alguna memoria, aunque sea de pasada, á los ingenios que produjo la provincia de Cádiz en los últimos tiempos, y coadyuvar á que salgan del olvido que injustamente amortigua su legítimo resplandor. Para este fin nos presta su poderoso auxilio un gaditano, ilustre por su vasta erudición histórica, cuyo nombre hemos citado ya repe-

tidas veces con el debido elogio (1); más bien él nos da la tarea hecha, porque con solo entresacar algunos de los infinitos hilos de oro de que ha formado sus semblanzas, prodigándose como acostumbran á hacerlo los escritores meridionales, resultarán perfectamente delineados los sujetos.—Sapientísimo arqueólogo gaditano fué don Juan Bautista Suárez de Salazar (2), prebendado de aquella Santa Iglesia Catedral. Escribió, entre otros, un libro titulado *Grandezas y antigüedades de la Isla y ciudad de Cádiz*, y un *Tratado de la memoria artificiosa*: presentó el primero al municipio acompañado de una carta dedicatoria, de que se dió cuenta en sesión del 5 de Octubre de 1609; y del segundo regaló una copia á la Comisión de monumentos de Cádiz su docto vice-presidente el señor Castro. El testamento del señor Suárez de Salazar existe, entre papeles procedentes de la Compañía de Jesús, en el Archivo de Bienes Nacionales de la provincia.

Enrique Jácome y Breca, pintor insigne, conocido con el nombre de *Enrique de las marinas*, y confundido sin razón con el pintor holandés Enrique Cornelio Vroom, muy inferior á él en mérito. Nació en 1621 (3). Admirador de los objetos que en Cádiz se presentaban á sus ojos, se apartó de la manera de los pintores del siglo de Felipe IV y escogió para asuntos de sus tablas las marinas y los bajeles. Pero la inventiva y la gallardía de colorido con que Enrique pintaba las fustas de los corsarios argelinos, las angostas carabelas españolas y los enormes galeo-

(1) El Excmo. Sr. D. Adolfo de Castro: *Historia de Cádiz y su provincia*.

(2) Este es el único cuya noticia no tomamos de la obra del Sr. Castro. Nos la suministran las actas de la comisión de monumentos históricos y artísticos de la provincia.—*Junta del 31 de Agosto de 1876*.

(3) Siret supone que nació en 1620.

Del pintor holandés, que el Lanzi confundió con nuestro Enrique de las Marinas, existe en Amsterdam un cuadro que le dió mucho nombre, el cual representa al almirante Heemskerke echando á pique las galeras españolas en las aguas de Gibraltar; pero domina en él un verde demasiado crudo que le hace desagradable á pesar del esmero de la ejecución. El artista holandés era además inferior al nuestro en la perspectiva.

nes que traían á nuestros puertos los preciosos metales de las Indias, no provocaban entre sus paisanos el aplauso ni la envidia; y viendo que sus obras no merecían la estimación de su patria, volvió los ojos á las naciones extrañas. Peregrino anduvo, luchando con los rigores de su adversa fortuna, hasta que llegó á Roma, donde buscó en las márgenes del Tíber, rico en ruinas, inspiraciones dignas de la maravilla de las gentes. Murió Enrique Jácome al pié de las fábricas sublimes que encierran las obras de Miguel Ángel, y las auras del majestuoso río besaron su rostro helado á los sesenta años de haber abierto en la risueña Gades los ojos á la luz del día.

Don Clemente de Torres, otro artista distinguido, nació en Cádiz en 1662. Pintaba al óleo y al fresco con excelencia suma; rivalizó su pincel con el de Murillo, dando á sus lienzos un tono más alegre que el que daba á los suyos el príncipe de la pintura andaluza. Como hombre tuvo contra sí la parcialidad de la fortuna, logrando de su patria una sola recompensa: la corona del infortunio. En la *capilla de las Reliquias* de la Catedral de Cádiz existe una bellísima *Concepción* que está pregonando su genio. Murió en 1730 en la miseria. Su siglo, que fué tan injusto con él, no le pudo dar en dote el olvido.

Doña María Gertrudis de Hore, *la hija del sol*, nació en Cádiz en Diciembre de 1742. Estuvo casada con un opulento caballero llamado don Esteban Fleming. Cultivaba esta señora las letras: la poesía era el encanto de su alma; el lujo, su regalo; la fama de su hermosura, su orgullo. Pasaba la vida sacrificada á su vanidad, mientras Dios y todo su bien la estaban esperando á la puerta de su alma... Sus propias meditaciones la fueron lentamente preparando á un completo cambio de vida... Llegó un día en que reveló á su esposo lo que él ya presumía; manifestóle que ansiaba abandonar este mundo vano; que el corazón se le partía de dolor considerando que sus galas eran el sambenito de sus culpas; y acabó por pedirle su consentimiento para retirarse á pasar el resto de su vida donde sus ge-